

De actualidad

Milicia, Tercio, Policía

Veamos de ponernos un poco en claro eso de la empresa de Marruecos. Y el llamarlo empresa es lo más discreto.

Si fuese una guerra, una verdadera guerra nacional, para defensa del territorio o de intereses nacional o de eso que solemos llamar el honor patrio—y se reduce al crédito de fuerza—, entonces habría que llevarla por métodos de guerra nacional y con milicia nacional. En la que antes de premiar el deber cumplido hay que castigar su falta de cumplimiento o la incompetencia. Ni en una guerra nacional deben haber ciertos voluntariados de excepción. Cada cual va al puesto que le corresponde por regla y no hace con ello más el que va al de mayor peligro que el que al de menos.

Pero no es una guerra nacional, ni ha sido declarada tal. España no está oficialmente en guerra.

“Lo que hay que hacer—se dice a esto—es crear un ejército colonial.” ¿Un ejército colonial? Esto estaría bien si se tratase de una colonia, de ganar o de retener una colonia, como se trataba con Cuba y Filipinas. Pero nos parece que habíamos quedado en que la llamada zona de influencia española en el Norte de Marruecos no es colonia, sino una parte del sultanato independiente—¡pobre independencia!—de Marruecos. Y como esa zona en que está luchando no es colonia española, nada tiene que hacer en ella un ejército colonial. ¿Está claro, señor? Y como el Tercio habría de ser el núcleo de un ejército colonial, el Tercio nada tiene que hacer donde no hay colonia. Como no sea daño.

El daño, en efecto, de tratar a aquel país como a una colonia, como a un país conquistado, como a la tierra de la morisma, del infiel marroquí. Los tercios pueden sentirse cruzados, y los cruzados son hoy un peligro para la civilización y la civilidad. No; nada de tercios; no hay que resucitar las campañas de Flandes, cuando el tercer duque de Alba, mastín de nuestros Habsburgos.

Hay que enterrar el ensueño del viceimperio ibérico y ponerle una lápida funeraria, acaso en Agadir, donde desembarcó teatralmente aquel gran cómico que fué Guillermo II de Prusia. Con su caída cayó ese ensueño.

¿Qué es, pues, la empresa del Rif y alrededores? Nos dicen que es una operación de policía internacional. Y si es una operación de policía, no le

compete ni a la milicia nacional, que no es policía, ni a un ejército colonial; le compete a la policía. Y en este caso a la policía indígena. Basta, pues, ésta y aún sobra. Y si con ella y con el soborno a los cabecillas moros no se puede implantar la mandanga esa del protectorado civil—que nadie puede saber a ciencia cierta lo que sea—, entonces meternos en casa a arreglar nuestras cuentas.

Lo de Marruecos dicen que es una operación de policía. Pues que lo arregle la policía. Y si se llevara allá la que aquí opera y con ella la Guardia civil, saldríamos ganando.

Claro es que eso de la operación de policía y del protectorado civil es un rompecabezas o mejor un embolismo de la repugnante política de imperialismo internacional; pero hay que atenerse, por lo visto, a ello.

Ahora lo que hay es que en ciertas esferas se tira a convertir a aquella zona en una verdadera colonia, a ponerla bajo la bandera española, a agrandar con ella el reino de España—el reino más bien que la nación—y a esto obedeció la santiaguada del infortunado general F. Silvestre, emprendida sin el consejo del Estado Mayor Central y por encima del alto comisario, y a esto ha obedecido la formación del Tercio, del que se quería hacer el núcleo de un ejército colonial como si se tratase de ganar o retener colonia. Y es que se buscaba el desquite de lo de 1898, desastre en que culminó el régimen carlista de la Regencia. Porque eso de las colonias y de la morisma, y del testamento de Isabel la Católica y el viceimperio ibérico, todo eso es carlismo puro. O lo que otros llaman tradicio-

nalismo. De una tradición que puede remontar hasta la época troglodítica.

El Sr. Sánchez Guerra ha dicho en el Congreso que el Gobierno no será obstáculo alguno para que se depuren cuantas responsabilidades vengan por cauces normales y constitucionales; pero que llegaría a oponer a una sinrazón, si fuere preciso, otra sinrazón. En eso estamos, en la sinrazón. Y el obstáculo para que se depuren las responsabilidades efectivas no estará en el Gobierno, sino en lo que Olózaga llamó para siempre “obstáculos tradicionales”. Los del tradicionalismo troglodítico.

Milicia nacional... Tercio colonial... Policía indígena... protectorado civil... obstáculos tradicionales... Y sobre todo ello la sinrazón del régimen.

MIGUEL DE UNAMUNO



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S